

## PALABRAS DEL SECRETARIO PERPETUO DON ESTUARDO NUÑEZ

Cumplo el encargo, para mí doloroso y abrumador, de traer en este recinto la voz de la Academia Peruana de la Lengua a la que perteneció Rafael de la Fuente Benavides desde 1956 como representante conspicuo de la creación literaria peruana.

Con precocidad inusitada, desde sus años de adolescencia, pudo revelarse el genial narrador y poeta. Sin la arrogancia propia de la edad temprana, encubierto en el seudónimo con que adquirió nombradía desde las páginas de *Amauta* la revista de José Carlos Mariátegui, empezó su rutilante travesía por la encrespada senda a veces esquiva e ingrata de la actividad literaria. Se desplazaba con naturalidad, sin petulancia ni avilantez pero con seguro paso por los secretos dominios del idioma aprendido a la luz de lecturas de clásicos y modernos, premunido de un don intuitivo para captar las esencias. Supo, antes que muchos otros autores conocidos, que la literatura es vida interior, vivencia legítima y señorío de la lengua escrita y hablada, sin cuya confluencia la creación no pervive. Y supo también que el incorporar las esencias del vivir en los moldes literarios es tarea ímproba que se forja en las complejidades de una lucha agónica, bajo la tortura de la angustia existencial.

Fue duro su quehacer e incomprendido su ambular angustioso en medio de la pobreza, la soledad y el abandono material.

De Martín Adán han partido las vertientes por las que han discurrido los cauces de la creación literaria peruana de los últimos decenios. De la apertura que supone la prosa inusitada de *La Casa de Cartón* surge la prosa sugerente y fresca de los narradores de las nuevas generaciones, quebrando los moldes tradicionales, con la fuerza sugerencial del matiz y el juego semántico. De los poemas de *Travesía de extramares* y de *La mano desasida* se extrae el ejemplo perdurable de una poesía con profunda carga de imágenes lastradas en la subconsciencia y el resquicio infinito de la palabra.

Martín Adán ha ingresado en la región transparente de la serenidad y del reposo, ha ingresado como él decía en la "eterna Eternidad". Ha terminado su lucha angustiosa por ahondar en el misterio de la Vida y de la Poesía. Su "grito" poético ha traspuesto los límites de su patria.

No vivió la vida como solemos entenderla generalmente, la "padeció" como alguna vez lo dijo y es de admirar con qué heroica y desesperada entereza soportó la soledad, la miseria y la incomprensión. Llegada la hora decisiva no habrá sorpresa en hallar a la Muerte, tantas veces mencionada y presentida en sus poemas de *Diario de poeta*:

Alguno morirá ya sin duda ni miedo,  
Pero yo voy, amor, porque ya no puedo,  
Yo soy el que se está pasando en la otra esquina.  
Yo soy el que se muere, y Dios hará otro día...  
un motivo de ser, de terror o alegría...  
Y Dios hará otra vez otra cosa, cosa divina.

Al despedir a Martín Adán ojalá pudiéramos despedir también varios quebrantos prevalecientes con respecto al

intelectual en el Perú: la indiferencia por la vida cultural que aún domina en niveles sociales preciados de ilustrados, la ninguna consideración y respeto por la obra de creación, la frivolidad que hace confundir expresiones de una pseudo-cultura con la auténtica expresión de arte, la falta de jerarquía en la apreciación cultural que confunde el ligero diletantismo con el serio y contraído esfuerzo creador y en fin, entre otros males, la inercia y el conformismo que entraban nuestro desarrollo cultural.

En esta hora crucial del tránsito, Martín Adán podría repetir aquel verso de otro poeta atormentado como él, Heinrich von Kleist, en el idioma alemán que tan bien dominaba:

Nun, o Unsterblichkeit, bist du ganz mein!

Ahora, oh inmortalidad, eres del todo mía!